

ESTATUA DE MOZART EN SALZBURGO.



Juan Crisóstomo-Wolfgang-Amadeo-Mozart nació en Salzburgo el 27 de enero de 1756.

El padre de Wolfgang era oriundo de la ciudad de Ausburgo, en donde los miembros de su familia ejercían el oficio de encuadernadores; después de haber servido al conde de Thun en calidad de *músico-domestico*, Leopoldo Mozart se estableció en Salzburgo, donde habiendo obtenido el empleo de primer violinista de la capilla del obispo, se casó con Ana Bertlina, mujer tan piadosa como bella: hombre instruido y músico excelente, compuso mucha música

de iglesia, algunos intermedios y varios trozos de géneros diversos; y profesor de violín sumamente hábil, hizo una obra didáctica de este instrumento que durante largo tiempo ha gozado de mucha celebridad en Alemania; pero la gloria principal de Leopoldo Mozart consiste en haber dado á luz al autor de *Don Juan*, y en haber comprendido y dado dirección á su genio, adivinando desde el principio el destino de su hijo. Dotado de una piedad profunda, creyó ver brillar en la frente de Wolfgang como un destello de la gracia divina, y desde entonces consagró enteramente su existencia

á la educacion de aquel niño, que consideraba como un ser superior confiado á sus cuidados por la Providencia. M. Oulibicheff el autor de su biografía de donde tomamos estos detalles, ha comprendido perfectamente el carácter interesante de Leopoldo Mozart, donde la ternura paternal se confunde con la fe del cristiano, y ha hecho resaltar sus diferentes contrastes.

De seis niños que tuvo Leopoldo Mozart, no le quedaban mas que Wolfgang, que era el menor, y una niña llamada Maria Ana, nacida en 1751 cuatro años ántes que su hermano. Esta única hermana de Mozart, á quien llamaban familiarmente, Naennerle (diminutivo de Ana) mostró tambien mucha disposicion para la música, habiendo hecho admirar á la Europa toda su talento precoz, (aunque bien luego fué eclipsada su reputacion por la nombradía de Wolfgang), y hecha baronesa de Sonnenbourg murió en Salzburgo en 1830 á la edad de ochenta años. Encorvada bajo el peso de los años, ciega y casi sin poder moverse, la baronesa de Sonnenbourg conservó siempre una profunda admiracion por aquel que habia sido su hermano *segun la carne*, como ella decia con un respeto que casi rayaba en la piedad.

Ya conocemos, pues, la familia en cuyo seno nació Mozart familia piadosa y resignada, completamente alemana, y verdaderamente cristiana, en donde reinaban el orden, la castidad y el gusto por las cosas bellas, digna cuna del músico del amor ideal. Apenas reveló Wolfgang su maravilloso instinto por la música, en el mismo instante se hizo el objeto esclusivo de la atencion del padre y del interés de todos. En cuanto llegó á la edad de tres años ya ponía sus manos en el piano tratando de hacer una sucesion de terceras mayores, único intérvalo que entónces podian abrazar sus cortitos y rollizos dedos; y en cuanto encontraba una nueva combinacion, sus ojos brillaban de alegría. A los cuatro años ya sabia de memoria los pasos mas interesantes de los *concertos* que su hermana ejecutaba, y su padre le componia espresamente trocitos que se han conservado hasta el día. De este modo Mozart aprendió la música como por juego, ó mas bien la música se despertaba en su alma con el sentimiento de la vida, porque ¿acaso no es un signo distintivo que caracteriza los seres superiores esa facilidad con que se asimilan los elementos materiales del lenguaje?

En el año 1762 fué cuando Leopoldo Mozart, acompañado de sus dos hijos, principió sus largas peregrinaciones por Europa. Estos viajes de una familia entera de músicos yendo á buscar fortuna por el mundo, eran entónces, como son hoy, una cosa muy natural en las costumbres sencillas y aventureras de la nacion alemana. Leopoldo Mozart, al hacer correr el mundo á sus dos hijos, tuvo por objeto no solo mejorar su modesta posicion, sino perfeccionar la educacion de su querido Wolfgang poniéndole en contacto con los grandes maestros del arte. Mozart tenia entónces unos seis años, y ya tocaba el piano de un modo maravilloso; ya su genio precoz despedía destellos por todas partes, y parecia esperar con impaciencia que la naturaleza le permitiese el tomar posesion del vasto imperio musical. Impelido siempre por la necesidad de dar curso á su fantasía, era menester obligarle frecuentemente á suspender el trabajo, por el mucho ardor con que se dedicaba á él.

Mozart fué acogido en todas partes con curiosidad en un principio y despues con entusiasmo. En Milan le dieron el título de *Giovineto ammirabili*.

El jóven artista recorrió la Peninsula toda admirando las academias y los doctores ancianos por su saber y ejecucion: en Bolonia improvisa una fuga delante del *padre* Martini, y

Farinelli en Roma aprende de memoria el *Miserere* de Allegri, composicion complicada que escribe y da á luz por primera vez, y en Nápoles ejecutando una especie de sonata en el conservatorio *della Pieta*, delante de Jomelli y de una inmensa muchedumbre, se ve obligado á quitarse una sortija que lleva en la mano derecha á fin de tranquilizar al pueblo que creía que una ejecucion tan maravillosa era efecto de algun sortilejo. A su vuelta de Nápoles, fué cuando Wolfgang hizo representar en Milan, por el mes de diciembre de 1770, su primera ópera titulada *Mitridate re di Ponte*, que alcanzó aplausos estrepitosos. El autor tenia entónces catorce años.

Obtenido este triunfo, los artistas viajeros vuelven á tomar el camino de su patria, volviendo al año siguiente á Italia donde Mozart hizo representar en Milan una especie de grande escena dramática, *Ascanio in Alba*, cuyo éxito arrancó al viejo compositor Haasse estas proféticas palabras: *Este niño nos eclipsará á todos*.

Vuelto á Salzburgo para componer una serenata dramática, *Il sogno di Scipione*, con motivo de la coronacion del nuevo arzobispo, marcha luego otra vez á Milan en octubre de 1772 donde hace representar una ópera seria, *Lucio Silla*, acogida del mismo modo que las precedentes: y por fin compuso en Munich, una ópera bufa *la Finta Giardiniera*, representada con un éxito brillante en el mes de enero de 1775; despues de lo cual volvió á Salzburgo, por la primavera del mismo año, con una reputacion que igualaba ya á la de los mejores compositores.

En el invierno de 1779, Mozart se apresuró á presentarse en Munich ante aquella cuya imagen llevaba en el corazon. La señorita Aloisa de Weber era una jóven y linda cantatriz de mucho mérito, que Wolfgang tuvo ocasion de ver y oír á su paso por Manheim. Habiendo seguido la corte de Carlos Teodoro, que subió al trono electoral de Baviera, Aloisa de Weber se fijó en Munich con toda su familia, y parece que Mozart, enamorado de las gracias y del talento de la brillante Aloisa, hizo una demanda que fué tan bien admitida por parte de Aloisa como por la familia: la confirmacion de ese consentimiento es lo que iba á pedir ansioso; pero cuando la elegante coqueta, adulada por los grandes señores, vió entrar en su casa, despues de un año de ausencia, á un jóven delgado, con la nariz larga, los ojos abultados y la cabeza diminuta, vestido con una *casaca encarnada con botonadura negra, de luto por su madre...* le miró de piés á cabeza de un modo tan frio y tan cruel, que Mozart no esperó á que esto sucediese segunda vez; enterró en lo profundo de su corazon la llama que le devoraba hacia un año, y consagró su afecto á Constanza Weber, la hermana mas pequeña de Aloisa. De este modo los verdaderos poetas cambian de objeto sin cambiar de amor, imprimiendo en todo lo que adoran la imagen que Dios ha grabado en su alma.

Su primer triunfo formal y verdadero fué en 1784 cuando se representó con un brillantísimo resultado su ópera seria en tres actos, *Idomeneo re di Creta*. De esta hermosa y encantadora partitura data el verdadero advenimiento de Mozart; todo era nuevo en ella, desde la obertura hasta el final, y todo revelaba un jenio dominador, que se desprende de los diversos y confusos elementos de que se habia hasta entónces alimentado, tomando posesion de su personalidad. El autor de *Idomeneo* tenia veinticuatro años, hallándose en ese instante propicio de la vida en que la savia fermenta y circula fácilmente, en donde todo se presenta de color de rosa al ojo encantado de la juventud, que mira el porvenir

á través de las nubes doradas del capricho, y en que el corazón conmovido por las agitaciones de un sentimiento nuevo y misterioso, derrama en esa primera obra, que amará eternamente, esa penetrante languidez y esa melancolía serena que no se hallan sino en Virgilio, Rafael ó Mozart. De este modo, cuando se oye la música de *Idomeneo* parece que uno escucha uno de esos cuentos fabulosos que Platon se complacía algunas veces en intercalar en sus diálogos, relatos encantadores que mecén la imaginación, llenándola de beatitud, y nos trasportan á una de esas islas maravillosas creadas por la fantasía de la Grecia, residencias afortunadas del amor que disfrutan de una eterna primavera.

A petición del emperador José II, compuso después *El Rapto en el Serrallo*, obra preciosa que puede considerarse como la primera ópera en lengua alemana que deba mencionar la historia. *El Rapto en el Serrallo*, representada el 12 de julio de 1782, obtuvo un éxito popular que se esparció rápidamente en toda la Alemania, y que mereció los preciosos elogios de Gluck. El emperador José, á quien gustaban mucho la persona y el talento de Mozart, le dijo un día hablando de esta ópera que había oído criticar á los envidiosos compositores italianos que estaban en su corte: *Muy bien, mi querido Mozart, pero hay algunas notas de mas; á lo cual respondió el artista con altivez: No hay ninguna mas de las necesarias, señor.*

Un mes después de este nuevo triunfo, el 4 de agosto de 1782, Mozart se casó con Constanza Weber.

En 1786 después de un interregno en que Mozart se vió obligado para vivir á componer toda especie de música, época en la cual escribió también sus mejores obras de música instrumental, Mozart trabajó de nuevo para el teatro, componiendo la ópera italiana titulada *le Nozze di Figaro*, que hizo época tanto en su vida como en la historia de la música dramática; y en efecto, nada de lo que entonces existía puede compararse á esa partitura colosal, en la grandeza y el desarrollo de las piezas concertantes, en el encanto y la novedad de las melodías y en la riqueza y variedad de los acontecimientos; así fué que á pesar de la pandilla de compositores y *diletantis* italianos, cuya resistencia fué preciso vencer por una orden espresa del emperador, *le Nozze di Figaro* se representó en el teatro de la corte en el mes de mayo de 1786, obteniendo el éxito mas completo, y haciéndose repetir hasta seis trozos, así como el hermoso duo *Sull' aria*, que fué pedido tres veces seguidas.

Desde entonces la actividad y fecundidad de Mozart se acrecentaron de un modo maravilloso é increíble; diríase que un ángel misterioso le agitaba dictándole una tras otra las obras maestras, y gritándole: ¡Marcha, marcha, porque tu hora se aproxima! En 1787 compuso *Don Juan*, su grande obra, para la ciudad de Praga: después de un viaje hecho á Berlin en 1789, donde el rey de Prusia se esforzó en vano haciéndole grandes ofrecimientos para que se quedase en su corte, volvió á Viena donde escribió *Così fan tutte* en 1790; y por último, al siguiente año compuso una tras otra *la Flauta encantada*, *la Clemenza di Tito*, y la misa de *Requiem*, después de lo cual espiró en la noche del 5 de diciembre de 1791 á la edad de treinta y cinco años y algunos meses y cuando ya había admirado y embelesado el mundo con la grandeza y la fecundidad de un genio incomparable.

Su ciudad natal, para perpetuar la memoria del primer músico acaso que los siglos han conocido, mandó fundir en Munich su estatua en bronce, la que fué inaugurada en Salzburgo el 15 de setiembre de 1842. El homenaje sin embargo era un poco tardío, habiendo muerto Mozart, como hemos

dicho en 1791. La viuda del illustre compositor deseaba ardentemente que Dios la conservase la existencia hasta el día de esta inauguración, pero su deseo no fué cumplido, habiendo muerto de repente el 6 de marzo siete meses ántes de la fiesta. El hijo de Mozart asistió vestido de luto á esta ceremonia, que ha dejado recuerdos duraderos, á los habitantes de Salzburgo. Un crecido número de estrangeros nobles, admiradores del genio de Mozart, príncipes y princesas, condes y condesas, compositores y artistas acudieron de todas las partes de Europa. Los Conservatorios y las Academias de música de Nápoles, Roma, Florencia, Milan, Venecia, Viena, Praga, Berlin, Munich, Hamburgo, Varsovia, San Petersburgo, Stokolmo, Copenhagen, etc., etc., estaban respresentados por algunos de sus profesores. En fin la fiesta del 5 de setiembre reunió mas de cincuenta mil personas. Cuando cayeron al dar las doce las cortinas que cubrían la estatua, los instrumentos de seiscientos músicos se mezclaron con las salvas de veinte piezas de artillería, y con el alegre repiqueo de todos los campanarios de la ciudad. Por la noche, dos mil artistas y aficionados ejecutaron al pié del monumento, iluminado con fuegos de Bengala, un himno escrito para la circunstancia por el conde Ladislao de Sirkér, arzobispo de Erlau, y puesto en música por el caballero Neukomm.

Al otro día por la mañana, dos mil ochocientos aficionados ejecutaron el *Requiem* de Mozart.

La estatua se halla erijida en medio de un mercado, lo que se ha censurado bastante por algunos. Hay críticos que pretenden que los monumentos conmemorativos del genio, deben estar siempre rodeados de silencio y lejos del espectáculo de las agitaciones vulgares de cada momento, pero hay otros que, por el contrario, dicen que deben estar en medio del ruido de las grandes ciudades, á fin de que conserven en ellas los grandes recuerdos, el culto del genio y una emulación constante.

MARIA LISMORE.

CUENTO IRLANDÉS.

Miguel Lismore, de oficio albañil, habia mostrado siempre poca afición al matrimonio. Sin embargo, como era jóven y buen mozo, no carecia de parejas para bailar ni de ojeadas en la feria de Cork, en la Cruz de San Kieran, y en las fiestas de los santos patronos de la Irlanda que, aun en el día, en medio de una creciente miseria, hacen brillar rayos de alegría y de olvido, de la calzada de los Gigantes al cabo Clear.

— Y porqué se ha de casar el muchacho? decian sus camaradas de placeres. Para qué se ha de cargar con mujeres y chicos que mantener, chicos que no dejan dormir la borrachera en toda la semana, y que impiden el beber los lúnes?

Estos razonamientos y otros muchos que se hallaban al alcance de Miguel, le persuadieron de que debia conservar su independencia.

Sin embargo en el mundo, como dicen las viejas, necesitamos del deber para fletar el buque, y de las ilusiones para hinchar las velas; Miguel prescindió del uno, y la pipa y la botella le suministraron las otras en abundancia. Tan de prisa caminó por esta senda, que el vermellon de la salud que animaba su rostro se fué concentrando en una nariz tanto mas prominente cuanto mas se hundían las mejillas; sus cabellos cada vez mas claros, comenzaron á blanquear, y empezó también á cargarse de espaldas: como el marinero,

acostumbrado al movimiento del buque titubea cuando anda hasta en tierra firme, así el abafil, aun antes de haber tomado la mañana, sentía que sus débiles piernas flaqueaban. En una palabra, Miguel Lismore, antes de tiempo, y sin haber tenido las cargas y cuidados de padre de familia, ya parecía un hombre cargado de años.

Parecía destinado á morir como habia vivido, es decir, recojiendo axiomas, y coplillas de canciones báquicas, para justificar y aun preconizar el género de vida que llevaba, y acallar su conciencia de este modo. Nunca hacia daño á

nadie, ni bien tampoco; no pedía prestado un cuarto, ni daba la mas mínima cosa; no temía ni á Dios ni al diablo, y jamas tuvo ningun apuro con el cura ni con el juez de paz. Por ventura no podía beberse lo que ganaba? Qué les importaba á los demas que su traje estuviese roto y remendado, y que su gorra manchada de lodo hubiese avergonzado á un pobre de pedir limosna? Acaso suplicaba él á las gentes que le mirasen?

Los mas grandes filósofos se suelen desviar de sus principios, por esto no hay que estrañar que á veces hiciese lo



R.B.

Maria Lismore.

mismo Miguel Lismore. Buen trabajador como lo era, el whiskey no le habia impedido hasta entónces el ganar su salario. Ademas él decia de sí mismo, que era un hombre *muy afortunado*. Los maestros de obras le querian mucho, porque como verdadero irlandés tenia chistes y ocurrencias graciosas; y ademas su actividad y robusta constitucion resistian á los escesos cuyas señales llevaba pintadas en la cara, pero al cabo todo se concluye, y un día, por una hermosa mañana de primavera, cuando despues de una noche de angustias, Miguel quiso levantarse para recurrir al whiskey, su medicina ordinaria, le faltaron las fuerzas, y volvió á caer en su lecho, ardiendo de calentura y lanzando sonidos inarticulados.

Llegado la vispera con una cuadrilla de trabajadores para gobernar un palacio que acababa de cambiar de dueño, Miguel, con objeto de echar la *niebla* fuera, abusó en demasia de su bebida favorita, y cuando se dejó el trabajo por la tarde, no tuvo fuerzas para seguir á sus compañeros, que se fueron á pasar la noche á la aldea vecina. Rezagado, sin saber lo que hacia, se apartó del camino, dió vueltas á una tapia, y aprovechándose de un ancho agujero que habia en ella, se enterró en un monton de heno que se estaba secando, ó

que fermentaba, en el mal cerrado corral donde habia en trado.

Muchas horas habria podido permanecer allí sin socorro de ninguna especie; porque el dueño de aquello lo tenia encomendado á un administrador, que contaba sobre el arrendatario, el cual se fiaba á su vez en un criado, que descansaba quizá en el acaso ó en las hadas para remover aquei monton de heno. Por fortuna acertó á llegar allí una aldeana de la comarca. Peggy Ryan, que debía á su fealdad el apodo de *Cabeza Cuadrada* (y en efecto parecia que estaba cortada á hachazos, mas bien que formada por las manos de esa graciosa naturaleza que se deleita en redondear los contornos), Peggy habia seguido á carrera tendida hasta el cercado á su vaca, que llamaba Jacquelinina, en recuerdo de una hermana que habia tenido, y que se la murió en la infancia. La Jacquelinina, sin ser muy astuta, sabia que por donde pasa el agua hay humedad, y que por donde pasan las espigas quedan granos; así, pues, habia seguido los senderos que habian recorrido los segadores, lo mismo que si se los hubiesen enseñado de antemano. De este modo, á donde podía ir Cabeza Cuadrada, sino detrás de la compañera de su vida que compró con el producto de todos sus ahorros, y que

á su vez la mantenía con el producto de su leche?

Ya en el ocaso de la vida, si podemos espresarnos así al hablar de las que nunca tuvieron aurora, Cabeza Cuadrada no había podido hallar un marido, y no porque no fuese laboriosa, honrada, sobria y robusta como un animal, como decían en la comarca, sino porque pasaba, y con razón, por la muchada mas fea que se encontraba en tres leguas á la redonda. Completamente desfigurada por las viruelas, aunque conservaba muy bien guardada su certificación de vacuna, era además tuerta, sorda, y el gesto que hacía cuando quería reír se había vuelto proverbial:

— No te rías como Cabeza Cuadrada, decían las madres á sus niños cuando torcían los ojos, y abriendo una ancha boca, se disponían á gritar desaforadamente reuniendo para ello sus fuerzas y su aliento. Para colmo de desgracia, la fea criatura era huérfana y pobre. Educada por una anciana tía devota, activa y buena, pero seca é imperiosa y que no economizaba los hofetones como medio de educación, Cabeza Cuadrada se quedó sola, y enteramente aislada cuando su tía se murió, dejándole por toda herencia una pequeña choza y un armario bastante bien repleto de ropa blanca, acompañado todo ello de su bendición. Se quedó sin tener quien la riñera por la mañana, sin nadie á quien cuidar cuando volvía del campo, sin nadie á quien amar, en una palabra. Triste fué desde entonces su existencia. La pobre solitaria trabajó tanto y tan bien, supo economizar tan cuidadosamente lo que ganaba, que logró al fin reunir lo suficiente para comprar una vaquilla en la cual se concentraron desde entonces todos sus pensamientos, sus placeres, y sus mas queridas afecciones. Semejante á aquella mujer de la antigüedad que, llevando sobre sus hombros el mismo becerro todos los días, había visto aumentar sus fuerzas á proporcion que el animal crecía, concluyendo al fin por llevar un toro, Cabeza Cuadrada había podido levantar á peso la enorme vaca que en otro tiempo se trajo de la feria á su casa, á ocho millas de su cabaña. Día glorioso fué aquel en que Cabeza Cuadrada instaló en el mejor de sus dos cuartos al tierno animal, sin que sus blandos piés tropezaran con las piedras del camino, y sin que el fango de los pantanos hubiese ensuciado el sedoso y reluciente pelo, que su nueva dueña le había cuidadosamente lavado y enjugado.

— Estáte quieta ahí, hija mía! dijo Cabeza Cuadrada cuando llegando junto á la pared, oyó un quejido del otro lado.

Para animarla á que obedeciera se apresuró á echar al animal un buen puñado de yerba recojida de prisa y corriendo, y después penetró en la pradera por el mismo agujero que había dado paso al borracho.

El estado en que se hallaba Lismore conmovió profundamente á la pobre muchacha. Su limitada inteligencia, sus fuerzas corporales, y su ciega actividad, todo se multiplicó en ella, bajo la influencia de su caritativo corazón. La única cama de su choza fué para Miguel; ella no se volvió á acostar mas que al lado de su vaca, y eso cuando podía economizar una hora de reposo. Velaba toda la noche después de haber trabajado todo el día, porque no quería que le faltase nada á su enfermo! Hasta la misma Jacquelina estaba descuidada; sin embargo su leche, y los asiduos cuidados de Cabeza Cuadrada hicieron mas por el restablecimiento de Lismore, que las medicinas del veterinario de la aldea. Por fin, el albañil, habiendo sanado, merced á su enfermera, creyó deber recompensarla casándose con ella, y cargándola con el peso de los días que ella le había conservado.

Único fruto de esta union tardía, María vino al mundo para consuelo de su pobre madre. En efecto, Lismore tenía

ménos fuerzas que ántes para seguir entregado á sus costumbres, pero si ya no hallaba la alegría en el fondo del vaso, encontraba la cólera y el mal humor. Aunque su mujer pareciese mas jóven que él, por fea que fuese, en atención á que el tiempo y el trabajo no gastan tanto como la intemperancia, bien luego Miguel le echó en cara su fealdad y luego sus achaques. El que sabe soportar, sabe vivir, y Cabeza Cuadrada, por simple é ignorante que fuese, había hecho un laborioso aprendizaje de esta difícil ciencia; volvía del lado de la amenaza el ojo que no veía, y del de la injusticia el oído que era sordo.

Afortunada criatura! Su suerte le pareció digna de envidiar, en cuanto tuvo un objeto mas que proteger y que cuidar. María era tan bonita! Ninguna de sus injenuas gracias, ninguna de sus encantadoras sonrisas pasaba desapercibida para su madre. Qué placer tan grande experimentaba, cuando sentía que se agarraba con su bonita mano á su delantal, y cuando oía los primeros sonidos de su voz argentina!

Aquella, á quien jamas habían dirigido una palabra lisonjera, ni una sonrisa de aprobacion, recibía las mas dulces miradas de aquellos hermosos ojos húmedos resplandecientes ya de inteligencia y de sentimiento, los dulces besos de aquella boquita fresca como una cereza, y los cariñosos apretones de aquellos bracitos que eran para ella sola, porque María había visto á su madre trabajar, soportarlo todo y quererla mucho, en tanto que su padre fumaba, bebía y era mal hablado.

No hay para que decir que Peggy no consintió jamás en que las delicadas y rosadas manos de su querida niña se endureciesen en trabajos groseros. Ella lo hacía todo. El amor maternal y su alegría habían renovado sus fuerzas, y ya no sentía el cansancio que gastaba su vida, ni hacía caso de las injurias de Miguel, aunque á veces iban seguidas de algunos golpes. A pesar de que trabajaba en la granja y en el campo, acompañaba también á su marido para ayudarle á trabajar en los caminos, cuando Miguel estaba de humor para tomar el azadon ó la pica.

— El pobre está indefenso, decía Cabeza Cuadrada, haciendo inauditos esfuerzos para arrancar á su marido á sus compañeros de botella, y esta era la queja mas enérgica que pronunció jamás contra su marido.

La ciega ternura que Cabeza Cuadrada profesaba á María había podido cambiar á esta amable y cariñosa niña en una jóven coqueta y egoísta; pero María unía á su belleza la bondad, y la sencillez de corazón que en tam alto grado poseía su madre. El ejemplo de aquella vida laboriosa y resignada, era una lección de todas las horas, una exhortacion continua y elocuente. Bien luego la jóven, tratando de ser útil, se hizo la costurera del canton. Los éstasis de su madre á cada nuevo esfuerzo, á cada nueva prueba de inteligencia, fueron lo suficiente para animarla.

María cosía desde por la mañana hasta por la noche, sin que ninguna distraccion interrumpiese el monotonó empleo de sus horas. Al revés de las artes liberales, cuyos principios son siempre escabrosos para el que aprende, las artes mecánicas se pueden emprender fácilmente, aunque despues llega siempre el cansancio, á causa de su uniformidad continuada. Entonces, para engañar el fastidio de un trabajo sin pensamientos, una cabeza jóven se entrega á las ilusiones, á los sueños, á los proyectos imposibles: entonces esperanzas mentirosas rodean con lucientes aureolas lo que no existe, ni puede existir, reflejando en los fastidiosos detalles de la vida real, una pálida luz que en vez de alumbrarla la exajera. De este modo Rosa la costurera, había salido del

pais en alas de su esperanza, yendo á aumentar las filas de las desgraciadas que con una cesta de naranjas en el brazo, atraviesan por la noche las calles de Londres y mueren en la miseria, y lo que es peor aun, en el envilecimiento. Otras tambien de sueño en sueño, habian concluido por realizar sus esperanzas, pero Maria conservaba siempre su dulce serenidad: cómo podia ver aquella triste cabaña habitada por un borracho y por una pobre enferma, alumbrada de un celeste rayo? Se dice que á veces las hadas, cuando las llaman al bautismo de un niño, dotan al recién nacido de un encanto para que le salgan bien todas las cosas: si las jóvenes de la verde Irlanda pasan largas horas pensando en el adorno que llevarán al baile, ó en el hermoso mozo cuyos ojos contemplarán su belleza, las matronas con una mezcla de miedo y de placer, sueñan en el *buen pueblo* y en las *buenas jentes* como ellas dicen, que habitan en el reino de las quimeras, y visitan de cuando en cuando á los amigos de los prodigios, de lo maravilloso, de lo desconocido, de lo que no podemos ver, ni explicar, y cuyo deseo nace en nosotros y con nosotros.

Sin embargo ninguna hada habia dotado á Maria en la enna, ningun protector misterioso daba vueltas en torno del canastillo de su labor. Ni aun la misma imájen del jóven noble, que pasaba con tanta frecuencia á caballo por debajo de su ventana, á pesar de que el sendero era muy malo, y no conducia sino á la granja cercana, turbaba sus sosegados pensamientos. Sin embargo, como toda naturaleza completa, tenia esa viveza de imaginación, esa superabundancia de ideas, gozo y tormento de la juventud. A pesar de lo simple y limitada que era, Cabeza Cuadrada habia sabido dar á Maria un talisman contra las ilusiones, contra las quiméricas esperanzas que conducen al abismo, apagando la claridad toda del camino, bendito siempre, en que nos ha colocado el Señor en este mundo.

— Cuando no sepas en qué pensar, tesoro mio, decia Peggy á su hija, reza tus oraciones; ya verás qué consuelo tan grande, hija mia.

Maria la habia obedecido, y ya desde muy pequeña, rezaba lo mismo que su madre. Diríase que las palabras que se repiten á menudo, forman como un canal, por el que el pensamiento, se mancha, ó se purifica. En tanto que Miguel, siempre atestado de vino, no dejaba su pipa, sino para lanzar imprecaciones, que le encolerizaban á medida que las proferia, y que atizaba al soplo de sus palabras y de sus juramentos, la violencia de sus brutales pasiones, su mujer, repetía sin cesar: « Perdonanos, como nosotros perdonamos » y el apacible sosiego de la plegaria se esparcía en sus vidas.

Lo mas dulce que hay en la tierra es amar, bendecir, y resignarse. Atenerse al deber como otros se acogen á la esperanza, fué el medio que adoptó Maria para elevarse á otra atmósfera mas alta y sosegada, y los encantos que otras hallan en las ilusiones ella supo descubrirlos en la realidad. Tantas veces habia repetido « hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, » que habia acabado por sentir un consuelo inefable, y el dolor que carece de sentido para un corazón ciego, tomó uno y muy claro para aquella alma dispuesta de ese modo.

Cuando arrodillada junto á aquella que habia sido el primero y mas tierno cariño de su vida, Maria recibió su bendición postrera; cuando vió la espresion de una inmutable serenidad que se extendía sobre la pálida fisonomía de su madre, estas palabras tan á menudo repetidas « bendita tú eres entre todas las mujeres, » resonaron en el fondo de su cora-

zon. Entónces las lágrimas de la piadosa jóven corrieron por sus mejillas sin amargura. Por ventura, los recuerdos y las oraciones no unen lo pasado con el presente, y el presente con el porvenir? Ah! Solo están muertos de veras aquellos á quienes olvidamos. Ahora cuando Maria repetía « Venganos el tu reino » veía á su madre transformada que le abría el reino adonde no se sube sino de virtudes en virtudes, y cuya felicidad y gloria se reasumen en una sola palabra que todos comprenden, aunque nadie puede explicar: la perfección!

Ningun trastorno hubo en la pobre choza cuando hubo muerto la pobre anciana. Los pensamientos siguieron cambiando en acciones, y en virtudes los sueños. La influencia de una larga paciencia y de una inalterable dulzura, acabaron por ablandar el carácter de Miguel, que permaneció mucho mas que antes en su casa, debia ménos, y aun á veces decía:

— Hay que confesar que si el vino alegra en la taberna, la mujer constituye la paz y la alegría de la casa, lo que es mucho mas duradero.

EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las págs., 5, 14, 21, 26, 34, 45, y 53.)

— Explicáos.

— Vais á decir que soy muy atrevido y pronto en mis resoluciones, repuso el sumiller en tono cauteloso; pero las circunstancias lo exigen así; mi deseo de complaceros escusará una precipitación...

Enrique hizo un ademán de impaciencia y de cólera.

— Mi resolución ha sido tan súbita... pero en fin no quiero abusar de vuestra paciencia!... Baron, soy jóven todavía, miradme bien. Además soy rico, y la confianza de mi soberano el príncipe de Hohenzollern, me promete un brillante porvenir. En este momento me hallo encargado de una misión importantísima para mi augusto soberano, y gracias á un encuentro que he tenido aquí la noche última, saldré adelante con mi empeño: mi recompensa será buena; me nombrarán diputado en la dieta, ministro quizá... En cualquier caso, mi mujer, si llego á casarme, estará en la primera categoría en Hohenzollern, y una jóven de ilustre nacimiento no se sonrojará jamás de haberme acordado su mano.

Al llegar aquí se detuvo para juzgar el efecto que producían sus palabras; el mayor estaba pensativo, lo que al sumiller le pareció de buen agüero.

— Conozco demasiado vuestra delicadeza, repuso con afectada sonrisa, para atreverme á proponerós nada que se parezca á una restitución; pero las cosas se arreglan tan fácilmente entre hermanos!

El mayor no respondía. Ritter, alentado con su silencio, se decidió á explicarse con mas claridad.

— Vuestra hermana es encantadora, continuó, y estoy seguro de que haría un gran papel en Hohenzollern que carece de mujeres jóvenes y bonitas... He quedado prendado de ella á primera vista, como en las novelas y los madrigales... y así pues, si no estuviese animada de injustas prevenciones contra mí...

Enrique de Steinberg le apretó el brazo con suma fuerza.

— Entiendo, entiendo, le dijo bruscamente; y porqué no?... sois noble, no es verdad?

— Nadie ha puesto nunca en duda ese título que poseo.
 — Basta, caballero Ritter, acepto.
 — Cómo! Sin consultar á la que...
 — Ya está acostumbrada á obedecerme, además, pronto saldréis de dudas.
 Y dicho esto llamó, dando una voz, á Whilemina.

XIII.

La jóven que estaba pensando en aquel momento como descubriría al baron el secreto de su amor á Frantz, se levantó estremeciéndose.

— Cómo! murmuró el sumiller, en mi presencia... y sin advertirla...

— Dejadme en paz, interrumpió bruscamente el baron; mi hermana no es una de esas muñecas de corte, sino una sencilla criatura educada en el campo, á quien hablo siempre con la franqueza que acostumbran á usar los militares... Le diré redondamente de lo que se trata, y veréis como me responde en el mismo tono... Whilemina, hace un instante parecíais dispuesta á aceptar un marido á fin de tener un protector mas cuidadoso que yo mismo... El caballero Ritter acaba de pedirme vuestra mano.

El sumiller se inclinó hasta el suelo.

— Cómo! exclamó la jóven palideciendo.

— Señorita, repuso Ritter; no soy yo quien ha elegido las circunstancias de esta presentacion que desearia se hubiese verificado de otro modo... pero podeis creer que mi profundo respeto...

— Al diablo! interrumpió el mayor, dejad esa jerigonza de cortesano, y hablada sin rodeos. Whilemina, no necesito deciros lo importante que es para los dos vuestra resolucion; he cometido grandes faltas, y podeis ayudarme á repararlas. El caballero Ritter se encuentra animado de las intenciones mas generosas...

— Un jugador! balbuceó la jóven espantada y sin saber apenas lo que se decia!

— Temeis que disipe vuestra dote? exclamó Enrique con sonrisa amarga; pero tranquilizáos, Whilemina, el caballero Ritter juega por casualidad, y nada mas... es un hombre prudente y sereno, y no está sujeto como yo á la fiebre de la exaltacion que tiene crueles accesos. Casi por fuerza tuve que obligarle á jugar la noche de mi ruina... No temais nada, os digo, porque nunca aventurará sobre una carta la posesion de este viejo castillo, que por miserable que sea, puede constituir aun mi orgullo y mi alegría... Además los derechos de Ritter sobre el Steinberg me preservarán para lo sucesivo de la horrible tentacion á que una vez he sucumbido. Lo comprendéis, hermana mia? De vos depende el honor y la existencia de mi familia... Si, si, es preciso: soy vuestro protector natural, vuestro dueño..., y me obedeceréis, porque así lo quiero.

El sumiller no decia una palabra, porque nada podia producir mas efecto sobre la jóven que las instancias y las órdenes de su hermano. Whilemina con los ojos bañados en lágrimas manifestaba una agitacion estrema.

— No, Enrique, exclamó, no me pidais eso..., es imposible.

— Imposible! Y porqué?... No me dijisteis ántes que os hallabais dispuesta á aceptar un marido?

— Es cierto, pero... Oh! hermano mio, no os encolericeis, no me aborrezcais... Mi eleccion está hecha!

— Algun amorcillo de aldea, replicó el mayor desdeñosamente; y creéis que en tan graves circunstancias nos pararemos en esas niñerías?

— Hermano, esa niñería, es mas seria de lo que pensais... no puedo dar mi mano á este caballero... porque pertenece á otro...

— Qué quereis decir?

— Estoy... lo diré aun cuando debiérais matarme, estoy casada!

Y la pobre jóven, aniquilada por el esfuerzo que habia hecho, cayó moribunda en una silla.

Las piedras de las ruinas del Steinberg que se hubieran levantado para volverse á poner en el puesto que ocupaban tres siglos ántes, no habrian causado al mayor una sorpresa mas profunda que estas dos palabras « Estoy casada » saliendo de la boca de Whilemina. Un momento permaneció como petrificado; luego volviéndose hácia el sumiller, atónito tambien con aquella revelacion inesperada, le dijo con aire de tristeza:

— Habeis oido? Ha perdido la razon la pobre criatura á consecuencia de las desgracias que han caido sobre nuestra casa... Delira!...

— Señor mayor, repuso el caballero Ritter, meneando la cabeza; mas bien me parece que...

— Casada! repitió el baron con voz de trueno. Quién se atreveria á sostener semejante mentira?... Casada sin mi consentimiento, sin el permiso de su tutor, de su hermano, del gefe de su familia!... Qué sacerdote hábria podido consagrar tal union? Quiénes podrian haber sido los padrinos? Y cómo los fieles criados que están aquí, no me hubieran escrito esta monstruosidad?... Pero me da vergüenza hablar seriamente de esta tontería... Casada! Y dónde ha podido ver á un hombre en esta soledad? Quién habria podido aspirar á su mano, y decidirla á desafiar mi justa cólera?... Vaya, vaya, esta es una disculpa muy graciosa, que me hace soltar la carcajada.

Y en efecto se oyó salir por los labios del baron una risa convulsiva. Whilemina se levantó; habia recobrado un poco de ánimo, y un lijero encarnado habia vuelto á aparecer en sus mejillas.

— Hermano mio, repuso, os he dicho la verdad... y me seria imposible explicaros cómo he tenido valor para desafiar vuestra cólera. Lo único que sé es que mi voluntad ya no me pertenece: podria mandar y me considero muy feliz obedeciendo... pero estoy casada, os lo juro; estoy casada!

Mil sentimientos contrarios fermentaban en el corazon del impetuoso Enrique; sin embargo trataba de contenerse enérgicamente. Al cabo dijo con un acento de amarga ironia:

— El hecho, hermana mia, es tan curioso que necesita alguna explicacion. Estoy sereno, ya lo veis... os suplico que me conteis vuestra bonita historia, y os aseguro que, como yo, el caballero Ritter experimentará mucho placer de oirla.

Whilemina espuso rápidamente y con acento trémulo las circunstancias de su union con Frantz y su matrimonio secreto. Miéntras hablaba, la varonil fisonomía del mayor reflejaba las pasiones mas violentas: su robusta organizacion se estremecía de rabia.

— Pero cómo se llama ese hombre? interrumpió con fuerza; no me habeis dicho todavía cuál es su nombre, ni la categoría á que pertenece.

— Se llama Frantz, hermano mio, dijo Whilemina con una sencillez que era sublime en presencia de la irritacion del mayor; no sé otra cosa de él sino que es hermoso, valiente y generoso, y que le amo!

— Miserable criatura! exclamó el mayor con el parasismo de la cólera alzando la mano sobre ella, te atreves á elojiarle en mi presencia!...

— Hermano mío, replicó la jóven con una angélica dulzura sin asustarse con aquella amenaza, no sería mas culpable, si no le amase? El mayor dejó caer su mano.

— Qué puedo esperar de ella? dijo con acento sordo, y continuando de nuevo su paseo: no debo cifrar en ella mi venganza!... pero el otro... el otro, que es valiente y fuerte,

en dónde está? Quiero ver á ese hombre, á ese seductor de los infiernos, para pedirle cuenta de esta execrable intriga!

— Aquí está, mayor de Steinberg, dijo una voz grave y sonora junto á la puerta; aquí esta dispuesto á responder de todos sus actos, y de todas sus faltas si es culpable.

(Se continuará.)

LA MEZQUITA KESMAS-EL-BARADEYEH, EN EL CAIRO.



Patio interior de la mezquita Kesmas-el-Baradeieh.—Dibujo de Karl GIRARDET.

Esta mezquita se halla situada en la calle Derb-el-Ahmar, que desemboca en la plaza de la ciudadela.

Un ancho corredor, sostenido por arcos morunos, reina al rededor de todo el patio. Allí se pasean lenta y gravemente los mahometanos absortos en sus piadosas meditaciones. Muchas puertas que salen á ese corredor comunican con el interior de la sala grande de la mezquita, situada bajo la cúpula.

En el patio se ve un pabellon sostenido por unas columnitas, destinado á proteger una fuente cuya agua fresca y pura se emplea para las abluciones que debe hacer todo

verdadero creyente, cuando va una vez al dia, regularmente á las doce, á orar á la mezquita.

La fuente de que acabamos de hablar, se halla bajo las ramas de un sicomoro secular, que sería una curiosidad en nuestros países; pero árboles como ese no son raros en Egipto donde se respeta la ancianidad por todas partes. Nunca los cortan, sino cuando están secos, sobre todo cuanto tienen sus raíces en un lugar sagrado, y lo que les hace mas respetables todavía son los nidos de palomas y cigüeñas que tienen ocultos en sus ramas.